

¡Cállate, dragón malvado! No quiero tener más hijos contigo

V4

Capítulo 71: Bienvenido a casa.

Una suave brisa le rozó el rostro, fresca y refrescante.

Noa abrió lentamente los ojos y se encontró rodeada de nubes bajo el vasto cielo azul.

Ella se reclinó contra un pecho firme y cuando se giró para mirar, vio a su padre.



León estaba sentado con las piernas cruzadas, con Noa acurrucada en su regazo, durmiendo cómodamente durante el viaje.

Al mirar hacia abajo, notó las suaves escamas que había debajo de ellos: era la espalda del enorme Leviatán.

Reuniendo un poco de fuerza, Noa habló suavemente: "Papá..."

Intentó incorporarse, pero su cuerpo, aún débil por el cansancio, se negó a cooperar. Se rindió y se recostó contra Leon una vez más.

León le alborotó suavemente el cabello plateado y le dijo cálidamente: "¿Ya estás despierta, Noa?"

—Sí... —La voz de Noa era débil, pero logró responder—. ¿Te encargaste de todo, papá?

—Claro —respondió León con una sonrisa segura—. ¿Cuándo he fallado en arreglar algo?

El rostro cansado de Noa se iluminó con una pequeña sonrisa de orgullo. "Papá, eres increíble".

Después de un momento, preguntó: "¿Qué pasa con Helena?"

"Está mejor que tú. Estaba un poco alterada, así que su maestra la llevó a ella y a los demás alumnos de vuelta a la academia. Claudia irá a verla pronto", explicó León.



—Qué bien —dijo Noa con alivio—. Pero...

—¿Pero qué? —preguntó León mirándola.

“¿Significa eso que todos nuestros esfuerzos durante la prueba fueron en vano?”

Leon suspiró. —Desafortunadamente, sí. El monstruo que las atacó a ti y a Helena fue Adam, el Rey Dragón Martillo de Guerra. Hirió a los guardias de la academia y mató a muchas bestias peligrosas en el Bosque Lunar Demoníaco. El examen tuvo que cancelarse por su culpa. El subdirector planea organizar uno nuevo más adelante.

Noa asintió, pensativa. "Bueno, supongo que no fue en vano. Después de todo, Helena y yo no vencimos a ninguna bestia. Nuestra puntuación fue un rotundo cero".

"¿Mi hija, con cero puntos? ¡Qué primera vez!", bromeó León, riendo.

Noa entrecerró los ojos y su expresión se tornó seria mientras respondía: "Papá, puede que hayas sido increíble de niño, pero ahora solo eres un esposo que escucha todo lo que dice mamá".

"...¿Quién te enseñó esa frase?" preguntó León, levantando una ceja.



—Luzcita —dijo Noa con naturalidad.

"Oh, eso lo explica."

León suspiró. Luzcita siempre les enseñaba a los niños cosas que minaban su noble imagen. "Cuando lleguemos a casa, le daré nalgadas".

A lo lejos, Pequeña Luz estornudó en medio de su clase en la academia.

"¿Estás resfriado?" susurró su compañero de escritorio, Ryan.

—No —dijo ella, frotándose la nariz—. Creo que alguien está hablando mal de mí.

Noa se había vuelto a dormir en algún momento. Su cuerpo, aún demasiado débil, no le avisaba cuando el sueño la vencía.

Al despertar, reconoció el paisaje. Estaban cerca del Santuario del Dragón Plateado.

"Ya casi estamos en casa", murmuró.



—Hace dos años que no estoy en casa, papá —añadió en voz baja.

León asintió. Su madre lo había mencionado en sus cartas. Entre las tareas escolares, las competiciones y los entrenamientos de fin de semana, Noa no había tenido tiempo para visitar su casa.

León decidió comprobar si Noa sabía lo que le esperaba. «Cuando lleguemos a casa, tu madre te tiene preparada una sorpresa».

“¿Una sorpresa?”

Noa pensó por un momento y luego dijo: "Oh, ¿quieres decir que mamá va a tener otro bebé?"

León parpadeó sorprendido. "¿Cómo lo sabes?"

—Mamá me escribió la semana pasada —respondió Noa—. No me lo dijo antes porque no quería distraerme del entrenamiento. Solo lo mencionó justo antes del examen.

León suspiró. *Madre e hija piensan igual.*

Habían pasado meses desde la última vez que Leon vio a Rosvisser. No era el tiempo más largo que habían estado separados; una vez, en una línea temporal futura, estuvieron separados durante seis meses. Sin embargo, en aquel entonces, tenía a una Noa adulta a su lado y podía ver a Rosvisser, aunque solo estuviera sellado en un cristal.



Esta vez, lo único que tenía eran las letras torcidas de su escritura para hacerle compañía.

La distancia hizo que el corazón se encariñara más, y León nunca había sentido tan agudamente el dolor de la separación.

Ahora, mientras se acercaba a casa, se llenó de emoción.

¿Se ha estado cuidando?

León hizo un cálculo mental rápido. Llevaba poco más de cuatro meses fuera. Rosvisser debió de quedar embarazada poco después de irse. Cuatro meses significaban que se le estaba empezando a notar.

Su momento no pudo haber sido más oportuno. Ella necesitaría a alguien a su lado a medida que su vientre crecía, y él tenía la intención de estar ahí para ella en cada paso del camino.

«Soy tan buen esposo. Se emocionará mucho cuando llegue a casa», pensó León, sintiéndose orgulloso.

"Papá..."

La suave voz de Noa lo sacó de sus pensamientos.

"¿Sí?"



—Yo... quiero preguntarte algo —dijo vacilante.

"Adelante."

Noa entrecerró los ojos hacia el Santuario del Dragón Plateado en la distancia, y su majestuoso contorno se hizo más claro.

Sus labios, pálidos por el cansancio, se apretaron. Su cabello plateado le caía sobre el rostro; su expresión era indescifrable: una mezcla de vacilación y contemplación.

Tras una larga pausa, por fin volvió a hablar: «Quiero preguntarte si estás...».

Ella se detuvo y bajó la cabeza.

“¿Soy qué?” preguntó León.

Pero Noa no respondió.

Al mirar hacia abajo, vio que se había quedado dormida nuevamente.

—Bueno, ya casi llegamos a casa, dormilón —dijo León suavemente.

Él se quitó el abrigo y se lo puso encima, acercándola más para mantenerla caliente.



Cualquiera que fuera la pregunta que rondaba la mente de Noa, decidió no preguntarla. Pensó: «Quizás le pregunte más tarde».

Por ahora, ella se acurrucó en sus brazos, sintiendo el calor y la seguridad del hogar.

Leviatán flotaba sobre el Santuario del Dragón Plateado, proyectando una larga sombra sobre el suelo.

Un rayo de luz descendió, bajando suavemente a León y Noa hasta la entrada del santuario.

Las criadas salieron a recibirlos y los guardias, al ver que su príncipe regresaba después de tanto tiempo, les dieron una cálida bienvenida.

León saludó a todos uno por uno mientras caminaba hacia la gran escalera del santuario.

En lo alto, más allá de las doncellas, emergió una figura alta y elegante.

Bajó las escaleras con gracia mesurada. Su larga cabellera plateada ondeaba libremente al viento como una cinta celestial.



Su sencillo y suelto vestido brillaba a la luz del sol, haciéndola parecer una muñeca de porcelana. A pesar de no llevar maquillaje, la Reina Dragón Plateada, Rosvisser Melkvey, destacaba entre las doncellas, con una belleza natural radiante e imperdible.

Su aura aguda y dominante se había suavizado con el tiempo, reemplazada por la calidez y la dulzura de la maternidad.

Para León, sin embargo, ella era tan deslumbrante como el día en que se enamoró de ella.

Estaban parados en diferentes niveles, uno mirando hacia arriba, el otro hacia abajo, sus miradas encontrándose.

En sus ojos oscuros y plateados, sólo se veían el uno al otro, el reflejo de un amor que había soportado innumerables pruebas.

Incluso después de todos estos años, cada vez que se miraban así, les parecía imposible apartar la mirada.

"Estoy en casa, Rosvisser."

“Bienvenido a casa, León.”
Traducido por:

ଟିକିଆ - RexScan

